

CASA HABITADA

Me sorprendí cuando me notificaron aquella herencia. Un pariente lejano, al que no conocí, sin descendencia, me dejaba un caserón y unos marjales. Antes de aceptar y tributar a Hacienda hice un recorrido por aquella ribera del Ebro. Me gustó. Recorrí los terrenos de secano y las huertas. Merendé en la arboleda bañada por el río frente a una isla en medio del lecho fluvial, a la que los lugareños le llamaban Mejana. Me acerqué con el coche al observatorio provista de un prismático y me admiré de la reserva ornitológica. Fue esto lo que más me influyó para aceptar esta casa que según me dijeron fue la primera, del pueblo, en que sus antiguos dueños instalaron un cuarto de baño. Tenía dos plantas y un desván o granero.

La dejaron amueblada y estoy curioseando las muchas cosas que guarda. En un secreter, tras una trampilla disimulada, he encontrado unas hojas manuscritas en caligrafía inglesa y que me tienen intrigada. La tinta está descompuesta. Han arrancado la firma, solo la primera página tiene fecha, aunque ilegible pues solo deja ver los tres primeros números: Agosto 194... He aquí la transcripción:

«Estamos pasando unos días en este pueblo de Zaragoza. Perteneció a unos parientes de mi padre . Deshabitada mucho tiempo por motivos que no han querido concretar. Al llegar, una tela de araña como cortina tupida nos dificultó la entrada, su seda viscosa se nos pegó a brazos y manos. En el dormitorio de la planta alta encontramos una cama montada con sábanas y colcha, como si en ella durmiese alguien. Al remover las mantas, una nube de polillas tiñó el aire de negro. La hemos clausurado después de desinfectar.

»La primera noche ha transcurrido en duermevela. En el desayuno, incrédulos y avergonzados, mi marido y yo admitimos tener la sensación que alguien nos observa. Por curiosidad he preguntado por los últimos habitantes de la casa. Me han informado: “Allí vivió una rica heredera, una mujerona de andares envarados y orgullo de casta. Siendo moza de buen ver ningún joven la pretendió. Intimidaba su posición y su carácter altivo. Cuando le pasó la edad aceptó casarse con un viudo pobre que aportaba una sola hija de anterior matrimonio. Esa hija tiene hoy 60 años, se llama Asunción y vive en un manicomio. Los viudos se llevaban muy mal, no tuvieron hijos.

»Hoy es el segundo día y seguimos oyendo ruidos. Sobre todo, portazos en el piso de arriba. Intentamos permanecer en la calle, dedicados a paseos o excursiones. Hasta que no he tenido más remedio que demorarme en la casa, limpiando y ordenando. Así me voy familiarizando con los ruidos y con la presencia que nos observa desde su invisibilidad.

»Sexta noche: nos ha despertado una música. En el reloj de la iglesia daban las cinco de la madrugada. Me he asomado al mirador. Pasaba una comparsa compuesta por unos personajes cubiertos con cabezas y pieles de carnero. Agitaban cencerros, matracas, zambombos y cascabeles. La charanga se ha detenido delante de la casa y un coro de voces aguardentosas ha cantado:

El viudo y la moza vieja se quieren de corazón.

Hacen muy bien en quererse que marido y mujer son.

»El aire olía a boñiga. En el centro de la calle, en medio de una pira de leña, quemaron dos monigotes de paja: uno llevaba calzones y una boina, el otro una falda y un velo blanco sobre la melena de escoba. Algo me asustó: me pareció ver, reflejada en la cristalera, junto a mí, a una mujer vestida de negro.

El cuadernillo siguiente está más deteriorado que el anterior. El hierro de la tinta se ha deshecho como lágrimas de sangre. Lo abro con cuidado, tiene manchas de humedad y está impregnado de un polvillo blanco. La letra parece más temblorosa.

»Mi marido oyó anoche la música, pero dijo que hay cosas que no se deben comentar. Interrogué a los vecinos por la extraña murga: “Por lo que refiere parece una cencerrada de noche de bodas, pero hace años que no se hacen en el pueblo. Serían los mozos cuando regresaban de tomar vinos”. Al más viejo la conversación le incomodaba y la zanjó con un cortante: “Es que son fiestas”.

Mañana, por fin, nos vamos.

De nuevo hemos oído los ruidos, eran claros y provenían del primer piso. Mi marido se hacía el dormido pero la cama es demasiado estrecha para disimular.

¡Cobarde! Pensé que lo mejor era subir y comprobar. Abrí la puerta del dormitorio clausurado. El vaho del desinfectante me sacudió. La ventana estaba abierta, me pareció extraño porque yo misma la cerré. De la calle entró un dúo de voces que se daban la réplica, acompañado por los acordes de una cítara:

–La luz de la aurora convierte en alcanfor el almizcle misterioso de la noche.

–El aire ha renovado los olores.

–No sé cuál elegir. Perfumes son los dos: almizcle y alcanfor.

–Sí. Perfumes son, pero el almizcle es perfume de esponsales y el alcanfor, perfume de mortaja

«No supe de dónde provenía tan armoniosa trova. Encajé la falleba. Pero la música ahora llegaba desde el desván. Allí me dirigí. Colgué el quinqué de un garfio y entré. Era accesible a la calle mediante vanos sin postigos. Por allí en otros tiempos subían los cereales y la leña. Un manto de polvo cubría todo. Cuatro cabezales de cama reposaban apilados, pasto de la carcoma. Alguien me dijo que dos familias tuvieron disputas, no resueltas nunca, por herencias de tierras, y también por aquellas camas. De las paredes y vigas colgaban aparejos del campo, una tabla de trillar, yuntas de mula, azadas y capazos.

»Algo brilló, casi oculto, debajo de un seno de trigo. Era una pareja de candelabros de bronce. Pensé que al menos podía apropiarme de uno. El que estaba más limpio. El otro tenía manchas que parecían de óxido o sangre seca. Calló la música. Sentí una presencia al fondo. Una figura no corpórea destacaba su negro ropaje en el negro contraluz. Nos observamos. Vi a una mujer que llevaba algo en la mano. En ese momento ella levantó los ojos y me miró. Yo apoyada en el dintel de la puerta y con vestido de flores. Ella que parecía flotar, iba con vestido negro. Las dos con un candelabro en la mano.

La última hoja tiene otro tacto. El papel no está tan deteriorado. Está escrita con bolígrafo:

»He vuelto al pueblo. Esta mañana hemos enterrado a Asunción. Ha muerto enajenada. Soy su heredera. Al nicho en cuarta fila ha subido el sepulturero y ha removido el desvencijado ataúd de su padre para dejar espacio al de la hija. El ataúd se ha abierto y desde esa altura ha caído la calavera rodando hasta los pies de los asistentes. Pero de forma inexplicable, la calavera presenta un orificio, en el un trozo de tejidos necrosados y en ellos una pústula activa con gusanos, pus e insectos. Como una herida fresca, abierta por algún objeto contundente.

Tengo la certeza que ese objeto fue un candelabro de bronce, igual al que me llevé en la maleta y con el que maté a mi marido»».

Pliego las hojas, vuelvo a guardarlas en el secreter. Recuerdo que me aconsejaron no comprar ésta casa porque en ella ocurren extrañas cosas. ¡Tonterías! La gente de los pueblos es supersticiosa.

Oigo un golpe seco... Un ruido... Quiero salir. Intento abrir pero no puedo.

La puerta se ha cerrado, habrá sido del viento. Empujo. No puedo abrir. Está atrancada. Voy a pedir ayuda a algún vecino. Abro el mirador, una pareja camina por la calle. A voces digo que me he quedado encerrada. A pesar de ser un primer piso, no me oyen. Grito más alto. Los veo alejarse sin que den signos de haberme oído. Por el otro lado de la vía vienen caminando un grupo, hablan entre ellos de forma pausada, les oigo. Pido auxilio. Agito un chal. Nada. Entro a la cocina y tomo un atizador de la chimenea. Vuelvo a salir al balcón y golpeo la barandilla con el objeto metálico. Un escalofrío me recorre. No me oyen. Pero... tampoco me ven? Temblando de miedo corro al espejo del cuarto de baño. No es posible, no refleja mi imagen. No puede ser. Limpio el espejo, lo froto una y otra vez. ¿Me estoy volviendo loca? Me tapo la cara, lloro. Cuando retiro las manos mojadas de lágrimas vuelvo a buscarme. No estoy, pero sombras difuminadas va tomando formas.

En la luna con el azogue oxidado ahora me reconozco junto a dos mujeres, una delgada con vestido de flores y otra: una mujerona de luto riguroso. Etéreas.